

DULCE ASTRAL

Todos estaban esperando a que sonara. Un gran silencio reinaba en la sala. Todos dispuestos para lo peor. Diez personas rodeaban la mesa circular. Sentadas y algunas temblando del miedo. El teléfono seguía sin sonar y todas las miradas estaban puestas en él. Era la gran atracción. Había hombres, mujeres y hasta una pequeña niña de pelo rubio, todos desconocidos entre ellos. Cada una de las personas llevaba colgada una llave al cuello. No sabían aun que hacían allí, por que dios los había puesto en tan dura prueba. Nueve habitaciones había en la casa, una casa enorme. Solo una de las llaves no valía. Y los desgraciados que allí estaban no sabían a que habitación pertenecía cada llave. Lo único que intuían es que algo tenían que hacer y deprisa si no querían quedarse allí eternamente encerrados. Solo una única voz les aviso de que estuvieran atentos al tercer toque del teléfono y que después se dejaran llevar por su instinto. Sudores en la frente, nervios y ojos desesperados es lo que se podía observar en el rostro de unos cuantos. El tiempo pasaba lentamente, y por fin sonó el teléfono. Un toque... dos toques... y el esperado tercer toque. Todos salieron despavoridos de la mesa, corriendo a abrir sus puertas. A buscar entre todas, las suyas correspondientes. Chocaban entre ellos y se empujaban, solo querían salvar sus vidas. Querían sobrevivir sin saber aun a que se enfrentaban. Metían las llaves en cerraduras equivocadas, algunos acertaron a la primera. Otros les consumía el miedo al no acertar en la puerta correcta. Y algo terrible se acercaba a ellos lentamente. Sabían que uno de ellos iba a terminar fuera. No podría esconderse. Nueve personas lograron entrar en sus respectivas habitaciones y uno quedo fuera, sin habitación. Un hombre de unos treinta años de edad. Estaba fuera, temblando como un pajarillo acechado por su presa. Sudores fríos recorrían su frente. Y algo atroz vino a presentarse frente a él. Dentro de las habitaciones solo habitaba una temible oscuridad. Y en ellas se podían escuchar los desgarradores gritos de aquel hombre, gritos de desesperación, gritos de gran dolor. Duraron tan solo unos pocos minutos, pero

fue lo suficiente como para que esos minutos fueran eternos. Al momento se escucho una gran sirena que daba el aviso para que los demás participantes salieran de sus habitaciones. Así lentamente y con miedo salían de una en una todas las personas que habían logrado sobrevivir a la primera prueba. Todos volvieron a la mesa circular. Todos se volvieron a sentar como la primera vez, algunos empezaron a llorar del temor que les hacia el estar allí. Otra vez, casi sin que se lo esperaran, volvió a sonar el teléfono. Un toque, dos y rápidamente el tercero. Desesperados volvieron a sus habitaciones, pero como por arte de magia las habitaciones no eran las mismas y en lugar de haber nueve había ocho, por lo que obligaba nuevamente a que alguien se quedara fuera. De nuevo empujones, desesperaciones, errores al abrir puertas. La que mejor se podía mover era aquella niña pequeña, lista y rápida que daba siempre a la primera con su habitación.

Se lograron cerrar todas las puertas, cada uno la suya, menos uno. Por segunda vez alguien se quedo fuera, una bella mujer de pelo ondulado y rubio. Grito antes de tiempo. Alguien no hubo cerrado aun la puerta, la cogio del brazo y la metió con el, en la habitación. Burlaron al dueño de aquel terrorífico juego.

A...ayu...dadme. Se escucho en un pequeño hilo de voz. ¿Quién estaría fuera pidiendo ayuda? Sonó de nuevo la sirena. Las puertas se empezaron abrir y la gente salía de ellas con mucha precaución. La voz seguía pidiendo ayuda, se escuchaba bajito pero claramente. A...ayu...dadme. Y hay, frente a la mesa, en la misma pared y como si de un póster se tratase se encontraba el individuo que por primera vez desapareció.

Clavado con enormes clavos sobre la pared, habiéndosele amputado brazos y piernas y estas habiendo sido cambiado de sitio, brazos en las piernas y piernas en los brazos, y lo peor es que el desgraciado aun estaba con vida. Estando todos expectantes y asombrados por lo que estaban viendo sonó de repente el teléfono, todos se empezaron a

poner muy nerviosos, algunos estaban empapados en sudores. Y uno de los que había en la sala saco valor y harto de ver lo que allí estaba sucediendo cogio el teléfono y pregunto: ¿Quién demonios eres maldito hijo del diablo? Y como respuesta obtuvo una simple palabra, casi imperceptible: zzz...es..con..de..te...zzz

Rápido soltó el teléfono y echo a correr junto a los demás. Ahora solo quedaban siete habitaciones. Nadie permitió la entrada a los dos individuos que se quedaron fuera, la bella mujer de pelo ondulado y el hombre que la salvo por primera vez. Ahora se miraban sabiendo que algo muy malo les iba a ocurrir. Algo terrible les esperaba. Solos ante su cruel destino.

La mujer se abrazo al hombre pidiéndole protección, el hombre la abrazo fuerte. Tan fuerte que ya no la podía soltar de sus brazos. Ambos se asustaron, pues no podían separarse, estaban pegados el uno al otro y se miraban a los ojos muertos del miedo. Una fuerza irresistible les atrajo a los dos a pegarse como si estuvieran dándose un beso muy fuerte. Se pegaban cada vez con mas fuerza, sus dientes se juntaban haciendo que estos poco a poco se fueran partiendo e introduciéndose hacia dentro de sus gargantas. La sangre salía a borbotones de sus bocas y no podían separarse, cada vez se juntaban más. Sus cráneos empezaban a crujir, sus narices ya estaban partidas y la desgracia era mutua.

De nuevo y ya casi familiar sonaba la sirena que hacia a la gente salir de allí. Las puertas se abrían solas e invitaban a jugar una nueva baza a los concursantes. Se acercaron a la mesa donde se hallaba el teléfono donde este estaba colgado nuevamente. Y la desgracia se apodero de aquella gente al ver otra vez algo realmente asqueroso y vomitivo. Alguno apartó la mirada al ver aquellos dos juntos, atados con cuerdas sujetos al techo, se hallaban la pareja del beso. Cosidos por todas sus extremidades el uno al otro. Estaban tan pegados que parecían una sola persona. Los

sesos y la sangre no paraba de caer al suelo. Algo debían hacer rápido todas aquellas personas, estaba claro que irían muriendo uno a uno como estaban viendo y de una forma totalmente cruel. Ya nadie se sentaba en la mesa, pero si miraban fijamente al teléfono para ver si nuevamente sonaba. Una mujer vomito en una esquina, pues el hedor que allí había era inaguantable. Sonó el teléfono otra vez, como siempre lo había hecho anteriormente. Tres toques y silencio. Pero una cosa cambio, en ese momento nadie se movió. Que venga aquí, decían algunos. Vamos a morir igual, entre todos quizá podremos hacerle algo. Todos estaban de acuerdo en la decisión. Sabían que iban a morir de todas maneras, así que esperaron impacientes a lo que les estaba haciendo la vida, en esos momentos, imposible.

- ¿que hacéis todos? ¿Por que nos os movéis?!Rápido, hay que esconderse en las habitaciones o moriremos! – Todos se quedaron perplejos al escuchar a la pequeña niña de trenzas hablar de aquel modo - ¡maldita sea, nadie me escucha!.

Parecía que la idea de que se quedaran allí todos esperando no la hacia mucha gracia. Pasaron unos minutos y parecía que hay nada pasaba. Se miraban unos a otros. La mujer que había vomitado aun seguía apoyada en la pared. Y empezó a dar arcadas y vomitar de nuevo. Era muy asqueroso y cada vez lo hacia con mas fuerza. Salían chorros increíblemente grandes de vomito por la boca de aquella mujer. Hacia unos ruidos asqueros. Puso las manos contra la pared para vomitar con mucha fuerza. La gente se empezó a preocupar bastante por la actitud de la mujer. Después de aquel charco que formó de vomito, empezó a vomitar sangre y su corazón se aceleraba cada vez mas. Hacia una gran fuerza por sacar un nuevo vomito de su boca. Algo grande le empezó a salir de la boca y esta se le rajaba por ambos lados. Saco de la boca poco a poco, sus tripas, de nuevo una fuerza controlaba la situación. La gente no podía hacer nada al respecto. Daba igual que se metieran en las habitaciones o se quedaran esperando en la

mesa. El dueño del juego se salía con la suya. Las tripas empezaron a salir por la boca de aquella mujer y se le caían al suelo. La agonía fue muy larga. Se escuchaban maldiciones de todo tipo por parte de los compañeros. La mujer yacía en la esquina entre vómitos y tripas. Una nueva víctima se unía aquel asqueroso hedor. Ya tan solo quedaban seis personas vivas. Uno de los hombres, hartos ya de lo que ocurría, decidió buscar entre la casa alguna salida, pero era inútil, pues no existía salida alguna. Junto al se unió otros dos hombres que quedaban y juntos tiraban las puertas a patadas. Y solo oscuridad se veía en el interior. Uno de los hombres que derribó una de las puertas tuvo la mala suerte de ser elegido para ser la siguiente víctima. Pues una fuerza irresistible le intentó introducir dentro de la oscuridad de la habitación. Se logró agarrar por los dos lados del marco de la puerta y parecía que alguien intentaba arrojarlo al interior. Enseguida los compañeros escucharon los gritos de auxilio y fueron a socorrerle. Entre los dos hombres intentaron sacarlo de allí, cada uno de ellos le cogía de un brazo, pero la fuerza era muy grande y poco a poco se metía dentro de la habitación. Era tan fuerte el forcejeo entre los hombres y la fuerza que al final acabó ganando la fuerza quedando cada uno de los hombres con un brazo de su compañero y este acabó introducido sin ellos dentro de la habitación. Nadie quería meterse dentro de esta. Pues salieron corriendo de allí muertos del miedo.

Eso os pasa por no querer jugar con él, decía la pequeña de trenzas rubias. Los dos hombres y las dos mujeres que quedaban pedían explicaciones a la pequeña. ¿A qué se refería? ¿De qué demonios estaba hablando?

¿Tenía acaso algo que ver la pequeña con todo lo que estaba sucediendo? En realidad cayeron en la cuenta de que la pequeña siempre entraba en las habitaciones sin problemas. Además parecía no asustarse por nada de lo que allí sucedía. Uno de ellos la pegó un bofetón tan fuerte que la tiró al suelo. Al momento los demás le pararon los

pies. Serás el siguiente, le replico al hombre. Coge el teléfono si no quieres que los demás mueran. Al instante sonó el teléfono. Esta vez no paraba de sonar. No se paro al tercer toque como siempre, sino que insistía. La pequeña se levanto y le animo a coger el teléfono. ¡Vamos cogelo de una puta vez! El hombre temblando lo cogio y escucho lo que a continuación le iban a decir:

“aquí mando yo, este es mi mundo y lo hago a mi manera, simplemente me divierte veros en esta situación. Y como tú te has portado mal, tendrás que hacer algo para mí. Ve a donde esta la mujer del vomito y comete su estomago, si no lo haces algo malo te va a pasar. Cuando termines de comértelo hablaremos de nuevo”

El teléfono dejo de escucharse y la niña, sentada encima de la mesa, invitaba al individuo a seguir las órdenes de aquella voz. Sin duda alguna aquella pequeña tenía algo que ver en todo aquello. El hombre la miro y con desprecio volvió a golpear de nuevo a la niña. La pego un puñetazo que la tiro de espaldas. Repetidamente la siguió golpeando. Hasta que en un momento sus puñetazos atravesaban a la pequeña como si de una nube de polvo se tratase. Sus feroces puñetazos quedaban grabados en la mesa. Y un “te estas portando mal” recorrió su cabeza. La pequeña le hablaba telepáticamente mientras esbozaba una gran sonrisa. De nuevo una fuerza irresistible le tiro de espaldas contra el suelo y una de sus manos sin control alguno le agarro de la nariz, introduciendo los dedos en esta, hasta el fondo. Tenia tan fuertemente la nariz cogida que logró arrancársela de cuajo. Una mirada horrible habitaba en el. Los demás le miraban y miraban a la niña. Le suplicaban que parase, pero ella no paraba de reír. Se estaba divirtiendo mucho. La fuerza aquella no dejo de actuar pues hizo que se tragara su propia nariz. Después cuando acabo todo aquel espectáculo, la niña, lo miro fijamente a los ojos y le aviso lo que tenia que hacer ahora si no quería que algo peor le volviera a pasar. Sin quejarse ni decir nada, el hombre se levanto del suelo y se dirigió a

la mujer del vomito. Tardo un rato hasta que acabo de comerse el estomago de la individua. Era un espectáculo dantesco. El teléfono sonó de nuevo. Una vez mas el individuo se dirigió como pudo a descolgar el dichoso teléfono. A rastras, ya no podía ni con su alma. Esta vez no escucho ninguna voz, tan solo un estruendoso pitido que le sonó en la oreja derecha. Tan fuerte era el sonido que le rompió el tímpano y le hizo sangrar en abundancia. Aunque con lo destrozado que ya estaba el pobre, apenas se diferenciaba la sangre de su oído con la que le cubría toda la cara. La niña no paraba de reír. Los demás sin saber que hacer salieron corriendo de allí sin saber a donde ir, pero sabiendo que no podrían escapar del juego de aquella cruel criatura.

- ¿no me digáis que ya no queréis jugar conmigo? – decía la dulce criatura mientras los demás buscaban ansiosos y desesperados una salida.

Mientras el hombre sin nariz la miraba llorando y suplicándola como podía, que les dejara marchar. Todos terminaron su búsqueda donde empezaron. No se podían creer todo lo que les estaba pasando, era tan irreal. Aunque a ellos les pareció que todo era mas real que de costumbre, sabían que algo pasaba, que había algo que no cuadraba.

Pero todo era más real que cualquier historia que hubieran vivido en su vida. Era demasiado real. Había un fuerte olor a podrido en la sala, a causa de los muertos que la habitaban. Solo quedaban cuatro personas vivas y una de ellas destrozada sin piedad.

¿Qué nos vas hacer a nosotros ahora? Preguntaba alguna de las mujeres que quedaba.

La niña se bajo de la mesa y sin ni siquiera mirarlos se fue de allí, se metió en una de las habitaciones y parecia perderse en la oscuridad. Todos se quedaron mudos, mirándose unos a los otros sin opinar, impotentes a lo que sucedía. La pequeña de trenzas se había marchado de la sala. Todo lo que les estaba pasando no era otra cosa que la cruel diversión y el capricho de una pequeña niña de corta edad. Al momento tres puertas aparecieron detrás de ellos, solo tres. Uno a uno fue yendo hacia alguna de las puertas,

como si su nombre estuviera escrito en ellas cada uno iba a su puerta correspondiente. Uno de ellos no se movió, como si no tuviera puerta. Se quedo el hombre sin nariz en la mesa llorando, mientras los demás se dirigían a sus salidas. Solo había tres y uno de ellos, el hombre, se quedo en la sala. Al acercarse uno a uno a sus puertas les entró una extraña sensación. Su cuerpo poco a poco empezó a vibrar, cada vez que se acercaban a la puerta vibraba mas y mas. Abrieron la cerradura los tres a la vez. Se miraron y sin decir nada se despidieron. Fueron entrando en sus puertas, con esa vibración cada vez más fuerte. Pudieron observar cada uno de ellos sus cuartos. Las habitaciones de sus casas, estaban en casa, cada uno de ellos había llegado a su dormitorio donde dormían placidamente. Su cuerpo estaba echado mientras que cada uno de ellos lo miraba ingenuo y con esa vibración cada vez más fuerte. Cuerpo y espíritu. Era real. No era ningún sueño ni nada parecido. Como llegaron hasta esa situación, no lo sabían. Sus puertas se cerraron y desaparecieron al momento. Cerraron los ojos. Estaban en una paz como nunca antes habían estado. Todo era silencio. Y poco a poco esas vibraciones fueron cediendo y cada uno de los individuos abrió los ojos y hay estaban, tumbados en sus camas. Apoyados en su colchón de todas las noches.